

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Presencias y olvidos del "nosotros" en nuestra formación académica .

Andrés Pérez Esquivel y Federico Ghelfi.

Cita:

Andrés Pérez Esquivel y Federico Ghelfi (2009). *Presencias y olvidos del "nosotros" en nuestra formación académica. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/445>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Presencias y olvidos del "nosotros" en nuestra formación académica

Andrés Pérez Esquivel, Federico Ghelfi

Facultad de Ciencias Sociales, U.B.A.
Buenos Aires, Argentina, 2009
andrespesquivel@hotmail.com
fedeghelfi@hotmail.com

“¿A dónde irá un pueblo de hombres que haya perdido el hábito de pensar con fe en la significación y alcance de sus actos?”

José Martí, *El poeta Walt Whitman*, publicada en el diario *La Nación* de Bs. As. en 1887. (Martí; 2001: vol. XIII, p. 135)

Respecto de este trabajo

Si bien esta ponencia que presentamos se aboca a investigar la estructuración del contenido bibliográfico del plan curricular obligatorio de la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, en un sentido más amplio, pretendemos que sirva como modelo propositivo para su reproducción en otras carreras y universidades latinoamericanas.

Colonialidad del Saber

La efectividad del colonialismo europeo en Latinoamérica y el Caribe estuvo sustentada en buena medida por la feroz represión y despojo de las subjetividades de los pueblos y culturas colonizadas con la paralela imposición violenta de la hegemonía cultural de los colonizadores. Más allá de la mayor o menor intensidad con que se dio en cada caso y lugar particular, los dominados fueron sometidos a la más perversa experiencia de alienación histórica, siendo obligados a mirarse a sí mismos con los ojos de sus dominadores, a ocultar y readaptar sus propias identidades con el ropaje de los códigos europeos, sincretizando con ellos lo que pudiesen preservar, o asumiendo llanamente como suya la identidad colonizadora.

Las poblaciones colonizadas, encerradas en sub-culturas, fueron víctimas sujetas a la *Colonialidad del saber*, a no saberse a sí mismas capaces de objetivar sus propias imágenes, símbolos y experiencias subjetivas sin el tutelaje de sus colonizadores.

Según el sociólogo peruano Aníbal Quijano (2000) aquel *Colonialismo* precedió y fue fundamento de la *Colonialidad* como lógica social, pero ésta última ha probado ser, en los últimos 500 años, más profunda y duradera.

De esta manera, el autor entiende a la *modernidad* nacida con la conquista de América como las relaciones intersubjetivas en las que se fueron fundiendo estas experiencias del colonialismo y de la colonialidad con las necesidades del capitalismo, configurando un nuevo universo de relaciones intersubjetivas de dominación bajo una hegemonía eurocentrada (Quijano; 2000).

Esta primera forma mundial de hegemonía cultural consiste en un generalizado e internalizado

"...conjunto de prácticas representacionales que participan en la producción de concepciones del mundo que 1) dividen los componentes del mundo en unidades aisladas^[1]; 2) desagregan las historias de sus relaciones; 3) convierten la diferencia en jerarquía; 4) naturalizan

¹ Tales como las geo-identidades: América, Europa, África, Asia y Oceanía.

esas representaciones; y 5) intervienen, aunque sea de forma inconsciente, en la reproducción de las actuales relaciones asimétricas de poder" (Coronil; 2003: 214).

En este marco no resulta difícil ver cómo, en los siglos XVII y XVIII, el aparato conceptual con el que nacen las Ciencias Sociales fue teñido por estas prácticas e imaginarios coloniales:

"Conceptos binarios tales como barbarie y civilización, tradición y modernidad, comunidad y sociedad, mito y ciencia, infancia y madurez, solidaridad orgánica y solidaridad mecánica, pobreza y desarrollo, entre otros muchos, han permeado por completo los modelos analíticos de las ciencias sociales..." (Castro Gómez; 2003: 154)

Han permitido legitimar los términos de desigualdad internacional sobre los cuales las potencias europeas obtenían sus grandes beneficios sociales y económicos a costa de sus colonias.

En el caso latinoamericano los procesos de independencia nacional del Siglo XIX terminaron resolviéndose en su interior con las victorias de flamantes sectores criollos dominantes que, si bien negaron a Europa, nunca negaron su propia *Europeidad*. Buscaron ser americanos sin dejar de ser europeos, de ser americanos pero distintos a los indoamericanos y afroamericanos.

Aquellas Ciencias Sociales que tuvieron nacimiento en Europa y posteriormente fueron difundidas y apropiadas en todo el mundo, fueron incorporadas en nuestro continente para reforzar la legitimidad de esta alteridad hacia adentro y la producción de esa asimilación hacia afuera como partes de un mismo dispositivo de poder impuesto a sangre y fuego.

A este etnocentrismo eurocéntrico se le sumó más tarde el etnocentrismo norteamericano de Estados Unidos y Canadá², ambos con una misma matriz de origen pero que, por su extensión geográfica, ya no pueden ser llamados *eurocentrismos* sino que deben ser llamados "*Occidentalismo*" (Coronil; 2003). Su modalidad de representación, estructurada en términos de oposiciones binarias, oscurece de manera notable la mutua constitución de "Europa" y sus colonias, y del "Nor-Occidente" y sus postcolonias.

Este Occidentalismo, por lo tanto, no es (nunca lo fue) la perspectiva cognitiva de los europeos y norteamericanos exclusivamente, o sólo de los dominantes del capitalismo mundial,

² Limitamos el concepto de Norteamérica sólo a los países angloamericanos.

sino del conjunto de los educados bajo su hegemonía. Se trata de una intersubjetividad universal que actúa a modo de sentido común mundial.

La tragedia para Latinoamérica es que todos fuimos conducidos, sabiéndolo o no, queriéndolo o no, a ver y aceptar la imagen occidentalista como nuestra y como perteneciente a nosotros solamente. Una “*doble conciencia*”³ (Du Bois en Mignolo; 2003: 63) nació en nuestras regiones. La sensación de no tener una conciencia autogobernada, sino una que tiene que formarse y definirse bajo el amparo del vínculo con el "otro mundo", el “viejo”, “evolucionado” y “civilizado”. Así pareciera hoy día, que aún continuamos mirándonos a nosotros mismos a través de los ojos de otros, ahora incluso científicamente.

El desequilibrio

Para el académico con ojo atento de nuestra carrera, es usual tener una sensación de que la mayoría de los contenidos curriculares están sostenidos por autores y textos en su gran mayoría de Europa o Norteamérica, pero es menos usual que éste pueda precisar con datos probatorios tal intuición. Por eso decidimos ponernos a investigar este asunto.

Tomando como unidad de análisis la bibliografía ofertada en los programas de cátedra de las materias obligatorias de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, nos introdujimos en cada programa para hacer una clasificación de la nacionalidad de todos los autores presentes con sus textos de lectura obligatoria, y así poder determinar que tanta presencia bibliográfica poseemos los latinoamericanos respecto a los Europeos y Norteamericanos.^{4 5}

³ Concepto introducido a principios del siglo XX, el sociólogo e intelectual negro, W.E.B. Du Bois.

⁴ Es cierto que existen una serie de autores que nacieron en un país y que vivieron buena parte de sus vidas y se formaron académicamente en otras regiones. Es cierto también que la nacionalidad-ciudadanía no determina mecánicamente el tipo de acercamiento que estos puedan llegar a tener con el *occidentalismo*. Aún así creemos que en la mayoría de los casos en este tipo de acercamiento es clave el entorno cultural-social de su nación-región de origen.

⁵ Los autores y la cantidad de sus textos fueron agrupados y contabilizados según fuesen europeos, norteamericanos, latinoamericanos (exceptuando argentinos), argentinos (exceptuando aquellos pertenecientes a la cátedra del respectivo programa), argentinos pertenecientes a la cátedra o en otros cuyo origen difiere de los recién nombrados.

Del universo total de 40 programas nos tuvimos que limitar a usar sólo 38 debido a que uno no pudo ser hallado y el otro tenía una base de autores demasiado pequeña (5 autores) por lo que hubiese actuado tendenciosamente al ser tomado en cuenta junto a algunos programas de 55 autores, límite máximo que establecimos según el orden de aparición en la bibliografía. Hemos reducido también a un máximo de 15 el porcentaje tolerable de autores (por programa) cuyo origen no pudo ser determinado. Aún así una amplia mayoría no supera el 5% de autores sin registrar.

Priorizamos, en esta primera etapa, sólo a las materias obligatorias porque conforman la matriz común de conocimiento que compartimos todos los estudiantes de la carrera. Y de éstas, elegimos sólo los textos obligatorios porque son los que terminan definiendo el contenido estructural real de las materias ya que en la práctica académica actual es de común conocimiento que son prácticamente los únicos leídos por los estudiantes.

Para empezar a describir los datos más significativos de nuestra investigación diremos que las nacionalidades de los autores de las materias obligatorias se reparten casi exclusivamente entre autores de Europa, Norteamérica y América Latina. Esto responde a la ínfima presencia de autores del resto de los países periféricos: el 74% de los *programas* (p) no tiene ni un sólo autor de estas nacionalidades y sólo un 5%, del 26% restante, supera el 5% de *textos de lectura obligatoria* (t) hechos por autores del resto del mundo.

Tomando solamente la óptica de los textos⁶ -por una cuestión de espacio- vemos que el 84% (p) tiene más del 50% (t) de autores europeos y norteamericanos y casi la mitad de los programas (47%) supera los dos tercios (67%) de textos hechos por ellos.

Respecto de los latinoamericanos (incluidas las subdivisiones de argentinos e integrantes de cátedra) nos encontramos con el escueto 16% (p) restante que supera el 50% (t). Pero si vamos más en detalle veremos que en realidad este 16% está soportado por el peso de las 6 materias dedicadas específicamente al análisis de Latinoamérica y Argentina⁷; porque si las dejamos de lado veremos que el porcentaje se reduce al 3% (p) con más de 50% (t) de latinoamericanos.

Ampliando un poco más con otro punto de referencia nos encontramos que de los 38 los programas un 62% no supera el tercio de textos latinoamericanos (33%), subiendo a 72% (p) si quitamos los 6 programas citados.

Desagregando el agrupamiento minoritario para observar sólo a los latinoamericanos no argentinos, veremos que no tienen existencia en el 42% de los programas y en el 89% (p) - incluyendo ese 42%- el porcentaje de textos no supera el 15% de latinoamericanos.

⁶ Debido a que un autor puede tener varios textos en un mismo programa priorizamos estos por sobre la presencia porcentual "física" de autores.

⁷ Dos cátedras de Historia Social Latinoamericana, dos de Historia Social Argentina y dos de Análisis de la Sociedad Argentina.

Respecto a la presencia total de argentinos debemos decir que no existen en el 8% (p), creciendo a la mitad de los programas (50%) los que no superan el 20% (t) de argentinos y a un 82% (p) los que no logran superar el tercio de estos textos (33%).

Y por último, dentro de las minorías argentinas, la participación de los docentes (titulares, adjuntos y otros integrantes de cátedra) en la bibliografía de sus propias cátedras es inexistente en el 37% de las cátedras y sube a 84% (p) el porcentaje que no supera el 15% (t) de integrantes de cátedra.

El análisis de estos datos destacados nos da la impresión de que el estudio de las propias experiencias a través de nuestras producciones académicas intentara resolverse-institucionalmente a través de ciertas materias específicas sobre Argentina y Latinoamérica, enclaustrando y escindiendo, de esta manera, nuestras propias tradiciones de pensamiento del resto de las áreas disciplinarias tales como la filosofía, la teoría sociológica, la psicología social, etc.

Resulta muy preocupante también la falta de participación⁸ que los propios docentes se dan a sí mismos en las bibliografías. Esta situación impide que se abran discusiones colectivas, digamos, *en vivo y en directo*, con los propios referentes académicos respecto de sus propias obras. No creemos que esté de más decir que estos debates suelen ser la mejor forma de fortalecer las relaciones académicas inter-generacionales en tanto permiten apreciar las virtudes y debilidades de pensadores que vivieron distintos y a la vez similares recorridos que los nuestros como estudiantes. Tales puestas en común fortalecen la construcción de conocimiento entre contemporáneos que al mismo tiempo son “*asociados*” (Schutz; 1974), contando, a su vez, con la presencia (en textos) de predecesores “*asociados*”. Esto quiere decir que los estudiantes comparten y/o han compartido una relación cara a cara con sus referentes intelectuales dentro de una misma comunidad espacial y temporal y con los cuales van asentando conjuntamente los cimientos sobre los que se apoyarán en el futuro sus, hasta el momento anónimos, sucesores.

Pero la situación es más grave aún porque se refiere no sólo a la cantidad, sino también al contenido de los textos:

Detrás de cada texto existe una *intertextualidad*, es decir, detrás de cada texto hay referencias a otros autores, ideas, corrientes sociales de pensamiento y las sociedades mismas en las que

⁸ Tal vez por una producción académica escasa o tal vez no.

subsisten. Pero en el caso de los textos de europeos y norteamericanos lo que nos encontramos es una *intertextualidad autorreferencial*. Ellos son, siempre fueron y probablemente sigan siendo –en su gran mayoría– autorreferenciales; en esto se juegan relaciones de saber-poder en las que para ellos nosotros apenas existimos culturalmente.

Nuestra *estructura sedimentada de conocimiento* (Schutz; 1974) que condiciona la interpretación de todo nuevo suceso y actividad e incluso la determinación de lo que creemos poder o no modificar, está limitada, en su aspecto académico, por una bibliografía de clara hegemonía nor-occidental, que perjudica, como no puede ser de otra forma, la definición de una agenda propia de prioridades de exploración social y producción de conocimiento.

Esto se hace visible, por un lado, en que para sentir que las intervenciones propositivas que hacemos en nuestra práctica académica cotidiana están legitimadas solemos hacer *citas de autoridad*. Pero como la mayoría de la bibliografía que nos respalda es europea y estadounidense, nuestras *autoridades intelectuales* no pueden ser más que los nor-occidentales.

Por otro lado, también tiene que ver con una supuesta neutralidad universal de las categorías a las que recurrimos para interpretar y comunicar la experiencia.

Todas las obras intelectuales están teñidas por los condicionantes de su autor como sujeto humano, determinado por sus circunstancias individuales. Pero nadie puede renunciar a que esas circunstancias estén construidas desde su propia realidad histórico-social. Como especifica el sociólogo argentino Roberto Carri: cada uno de estos razonamientos,

“...de alguna manera resume la totalidad de la historia previa que la produjo y a sus relaciones con la sociedad en su conjunto, de allí su universalidad; pero por otro lado, cada situación requiere tareas específicas para la misma que no son trasplantables de manera directa a las demás condiciones sociales, y aquí tenemos el carácter necesariamente particular del conocimiento...” (1974: 174)

Las ideas siempre enraízan y se desarrollan en el suelo de una determinada nacionalidad, pudiendo trascender estos límites pero sin llegar jamás a abolirlos. (Astrada; 2007). Es así como lo que Said (2004) dice para Oriente también nos vale a nosotros: si este intelectual es europeo o norteamericano, primero se enfrentará como tal al análisis del mundo y/o Latinoamérica y después

como individuo. Y que sea, en este caso, Europeo o Estadounidense es una realidad intrascendente, ha significado y significa ser consciente, aunque sea vagamente, de pertenecer a una potencia con unos intereses muy definidos en Latinoamérica.

Es por esto que las categorías a las que recurrimos para interpretar y comunicar la experiencia nunca son neutras.

La ausencia de anclaje en las producciones teóricas latinoamericanas basadas en realidades de la región nos ayuda a confundir nuestro propio carácter específico del conocimiento por el de otros. Tendemos a olvidarnos cada vez más de nosotros mismos a la hora de diseñar y potenciar nuestra propia formación intelectual. De esta forma la “universalidad” eurocéntrica subyuga nuestras particularidades.

Nuestras propias ideas parecen ligadas solamente a lo mundano, terrestre, mientras que las monumentales obras teóricas de las corrientes e instituciones del norte parecen aportar una jerárquica y complementaria deidad.

Ludwig Feuerbach decía respecto a la relación entre los hombres y Dios que

“Para enriquecer a Dios el hombre debe empobrecerse... Lo que (...) se quita, lo que él no tiene en sí, lo disfruta en un modo incomparablemente más alto y más amplio en Dios... El hombre afirma en Dios lo que en sí mismo niega”. (1963: 37-38)

Tal vez más que dedicarnos a leer cuánto le debemos a los grandes pensadores del hemisferio norte deberíamos empezar por conocernos un poco mejor entre nosotros mismos; con una brújula propia. Porque ésta es la condición única de que surjan ideas y teorías nunca escuchadas capaces de anclarse en los nudos de nuestras necesidades particulares.

Vamos más lejos aún. El cubano José Martí decía que un pensamiento cuando es sincero, es nuevo. Esto significa que por más que una reflexión ya la haya dicho tal o cual eminencia europea, si un o una joven de aquí logra las mismas reflexiones sin habérselas leído o escuchado jamás a ninguno de estos “grandes pensadores del norte”, esa idea vuelve a nacer de manera que se vuelve suya. Le pertenece porque renace de nuevas y distintas raíces y porque debido a esto puede llegar a

desembocar en horizontes diferentes a los que pudo haber llevado en otras regiones. Le pertenece por su esfuerzo:

“Todo está dicho ya; pero las cosas, cada vez que son sinceras, son nuevas. Confirmar es crear. Lo que hace crecer el mundo no es el descubrir cómo está hecho, sino el esfuerzo de cada uno para descubrirlo. ¡Pues no vemos un árbol porque es plagio, puesto que los hombres están viendo árboles desde que nacieron! Y cada hombre que nace ¿no es un plagio? El que saca de sí lo que otro sacó de sí antes que él, es tan original como el otro. Dígase la verdad que se siente, con el mayor arte con que se pueda decirla.” (Martí; 2001: vol. V, pp. 190-191)

Son estas verdades sentidas las armas para nuestras batallas de ideas, son la imaginación creativa y la invención.

Por eso no debemos pensar tampoco que una idea nueva, por ser nueva, es necesariamente original. Siguiendo a Astrada (2007) nosotros llamamos *original* al momento en que esta idea comienza a realizarse, choca con el mundo de la realidad, su resonancia lo dilata, y su mágica virtud comienza a transformarlo. Un ideal sólo se vuelve original a través de una lucha cultural hegemónica, o en otras palabras, en la construcción colectiva de consenso social. Mientras así no sea, solo será una hermosa idea para el disfrute individual y de los cercanos.

Estas ilustraciones que exponemos sólo pretenden mostrar que la cuestión es bastante simple: *si no fortalecemos la fe y la confianza en nuestras propias capacidades creativas nadie lo va a hacer por nosotros*. Más que la producción, nos seguirá quedando la mera reproducción de conocimiento.

La necesidad del futuro

De entre todos los instrumentos conceptuales y categorías que puedan utilizarse para saberse y sentirse juntos, para saber cuanto somos o creemos ser, tales como nación, clase, raza, etnias, tribus, pueblos, etc. nosotros nos elegimos argentinos-latinoamericanos por nuestro pasado común. Por estos problemas y necesidades compartidas que muchas veces la colonialidad del saber nos impide reconocer elegimos a *Nuestra América* como el dónde, el cómo y el con quién identificar nuestro destino más allá de nosotros mismos como individuos.

Pero esto no significa tampoco que pensamos la cuestión de la identidad latinoamericana como una lealtad con la memoria o con cierto pasado inmutable, original, verdadero sino, más que nunca, como un proyecto histórico, abierto y heterogéneo entre las muchas memorias y muchos pasados de nuestros pueblos, sin todavía un cauce común y compartido (Quijano; 2001).

En este compartir nadie pretende negar lo que de culturas europeas ya hemos incorporado y es factible de incorporar en nuestra cultura. Sino más bien empezar a nutrir el *nosotros*, en primera instancia, tal como lo hacen ellos en el norte. Conocernos como se conocen ellos a sí mismos.

Pretendemos una *reoriginalización popular de nuestra cultura* que nos reequilibre con lo occidental ya adquirido, rescatando de las sombras los elementos culturales *originales* propios, hasta el momento acallados; y así arrebatarle su hegemonía indiscutida.

Hoy en día la perspectiva de conocimiento occidentalista de matriz europea está siendo fisurada desde varios frentes en el marco de una crisis abierta. Está siendo confrontada por viejas, nuevas e incluso internas racionalidades.

Los recientes movimientos político-culturales de los *indígenas* y *afro-latinoamericanos*, están poniendo en cuestión la versión europea de la modernidad/racionalidad y proponen su propia racionalidad como alternativa. Niegan la legitimidad teórica y social de la clasificación “racial” y “étnica”, proponiendo de nuevo la idea de igualdad social. (Quijano; 2005)

Tenemos la posibilidad de seguir profundizando esta crisis o de que el bloque de poder mundial de los países desarrollados se reconfigure y fortalezca en nuevos discursos⁹.

Si nos inclinamos por la primera opción tenemos que recordar la única vía para profundizar estos nuevos procesos pasa por elaborar palabras nuevas. Un problema no identificado o mal planteado solo puede llevar a una solución parcial, distorsionada o al simple retroceso.

Por eso si no comprendemos las experiencias históricas concretas que hoy viven, como ejemplos generales, países como Bolivia, Ecuador y Venezuela por no tener la adecuada capacidad de interpretarlos, estas quedarán escindidas de nuestros imaginarios históricos. Por que los *imaginarios históricos*, a diferencia de los místicos o mágicos, se sostienen y desarrollan con referentes

⁹ Recomendamos estudiar el concepto de “Globocentrismo” en el texto citado de Fernando Coronil.

demostrativos, victoriosos en la experiencia histórica concreta. La colonialidad del saber impide la materialización de nuestros *imaginarios históricos* extinguiendo posibles horizontes de futuro (Quijano; 2001).

Hasta el día de hoy, si fuimos derrotados no fue porque el enemigo fuera invencible, sino porque lo tenemos dentro nuestro.

Conclusiones

Enmarcados en los sólidos impedimentos culturales que nos presenta nuestra sociedad occidentalista, vemos que la situación lejos de ser estática empeora cada vez más.

En nuestra carrera todo indica que cada nueva generación de estudiantes de Sociología de la Universidad de Buenos Aires se encuentra en gran medida aislada de las generaciones pasadas así como de su presente entorno de producción intelectual. Con la sensación de que hay un constante “borrón y cuenta nueva” este estudiante-intelectual está atado y formado por un entorno que no deja de decirle que nosotros valemos poco y sólo desde la marginalidad, así como lo improbable de que sea incorporado alguna vez a las bibliografías de la carrera una vez recibido.

Nadie trata de negar los valiosos aportes que puedan venir de otras regiones (incluso más allá de occidente) pero sí tratar de saber distinguir las particularidades de la relación entre la inclusión de aportes teóricos de afuera y la propia creación teórica. Deberíamos crear una reglamentación del contenido bibliográfico de las materias obligatorias curriculares, hoy inexistente, que incluya la obligatoriedad de cubrir un cupo de lectura obligatoria de autores argentinos y latinoamericanos en cada uno de los programas, para así re-equilibrar un desfasaje que limita nuestra creatividad por nuestras propias manos y, lo que es peor, por propia convicción¹⁰.

Todos dejamos un poco que desear en este aspecto. Pero creemos que es una cuestión de responsabilidad intelectual evitar hacer propio lo ajeno a costa de hacer ajeno lo propio.

¹⁰ Es de destacar que son las mismas cátedras y autoridades académicas, y no tanto el plan de estudios, las que a través de sus prácticas concretas sostienen la carencia de pautas de control y reglamentación del contenido curricular de la bibliografía obligatoria.

De continuar hoy con la persistencia a no identificar el *Occidentalismo* de nuestra formación académica y nuestra *Colonialidad del saber* como un problema concreto que debe ser afrontado colectiva e institucionalmente, no podemos pensar más que en el hecho de que nos estamos acercando inevitablemente a una no muy distante crisis intelectual auto-provocada. Una crisis donde ni las conquistas ni las dictaduras nos valdrán ya de excusa.

No debemos dejar que nuestra cabeza olvide las coordenadas de nuestro cuerpo, como tampoco que la mirada que esta tenga de nosotros mismos sea a través de los ojos de otros.

La *Decolonialidad* de nuestro saber requiere de un nuevo paradigma epistémico para elaborar sentidos históricos y reconocernos en el mundo. Las equivocaciones y aciertos que vayamos encontrando deberían asumirse en este camino; lo demás está subordinado. Pero para esto se requiere de nuevos intelectuales, de nuevos intelectuales con nuevas categorías, o mejor dicho, con nuevos compromisos.

“Es tiempo, en fin, de dejar de ser lo que no somos”

(Quijano; 2003: 242)

Mientras no inventamos... erramos.

(Simón Rodríguez; 2005)

Bibliografía

- Astrada, C. (2007). *Metafísica de la Pampa* (G. David, Ed.). Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Carri, R. (1974). Pensamiento Nacional y Sociología Antinacional. En *Ciencias sociales: ideología y realidad nacional* (pp. 143-165). Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Castro Gómez, S. (2003). Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la “*invención del otro*”. En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 145-161). Buenos Aires: CLACSO.
- Coronil, F. (2003). Naturaleza del poscolonialismo: del eurocentrismo al globocentrismo. En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 87-111). Buenos Aires: CLACSO.
- Feuerbach, L. (1963). *La esencia del Cristianismo*. Buenos Aires: Claridad.
- Martí, J. *Obras completas*. [1 disco compacto]. La Habana: Centro de Estudios Martianos - Karisma Digital, 2001.
- Mignolo, W. (2003). La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad. En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 55-85). Buenos Aires: CLACSO.
- Quijano, A. “Colonialidad del poder y Clasificación Social”. *Journal of World Systems Research* (G. Arrighi, W. L. Goldfrank, Eds.) [en línea]. vol. VI, núm. 2, 2000. [consulta: 17 de mayo de 2009].

<<http://jwsr.ucr.edu/archive/vol6/number2/pdf/jwsr-v6n2-quijsano.pdf>>.
- Quijano, A. “El regreso del futuro y las cuestiones del conocimiento”. En *Hueso Húmero* [en línea]. núm. 38, abril de 2001. [consulta: 17 de mayo de 2009].
<http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/quijsanoa/quijsanoa00006.pdf>.
- Quijano, A. (2003). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 201-246). Buenos Aires: CLACSO.

- Quijano, A. “Don Quijote y los Molinos de Viento en América Latina”. En *Libros y Artes* [en línea]. núm. 10, abril de 2005. [consulta: 17 de mayo de 2009]. <http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/quijanoa/quijanoa00003.pdf>.
- Rodríguez, S. *Sociedades Americanas*. [en línea]. Lima: El Mercurio, [1842 (2005)], [consulta: 17 de mayo de 2009].
<http://mipagina.cantv.net/t6435bm/SA_Lima/SA_Lima_37_49.html#inventamos>.
- Said, E. (2004). *Orientalismo*. Barcelona: Sudamericana.
- Schutz, A. [1962 (1974)]. *El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu.